

si usted
no puede
lavarse
los dientes

marthe



... después de las comidas



use cada mañana o cada noche



crema LICOR del POLO



sus efectos perduran 24 horas

LICOR del POLO

BLANCA O CLOROFILADA

II OY resulta Incomprensible la escena de un obispo —como el medieval Simón Sully—, públicamente amonestado, por su lujo y mundanidad, por un fraile —como San Antonio de Padua— desde el púlpito y cara al pueblo.

Sin embargo, la prensa nos debe dar hoy medios para ejercer esa misma corrección fraterna que a todos incumbe en la Iglesia: como ocurrió hasta hace pocos siglos en que se era más franco. Esto es necesario estimularlo con firmeza y delicadeza.

El obispo —hay que decirlo y repetirlo— no puede ser ni un señor feudal ni un prefecto romano —como a veces parecen—, ni siquiera un paterfamilias romano. Su dignidad en la Iglesia es igual que la de cualquier seglar; y su nivel de hermandad con él es afirmado tajantemente en el Concilio —en la Constitución sobre la Iglesia—. Esto es lo que impide todo paternalismo, más o menos suavemente envuelto en esas figuras de mando antedichas. Si, en alguna manera, hay posibilidades de aplicar la idea de paternidad, el episcopado —como también lo afirma el Concilio—, tendrá que ser con arreglo a una pedagogía moderna y no anticuada. No puede nadie en nuestro siglo —ni menos un obispo— gobernar ni educar, sin promover a la persona humana, ni dejar de contar con ella. La educación activa —en que el educando participa personalmente en ella— es norma hoy para todos.

¿Podemos seguir viviendo —entonces— en un paternalismo perpetuo, o en una minoría de edad constante? La idea de Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI fue la contraria: todos estos Papas hablaron de la madurez del seglar, de su mayoría de edad y de su adultez en la Iglesia. Y las palabras deben convertirse en hechos.

LA idea del episcopado en el cristianismo va unida al concepto de servicio. El obispo —como lo era para San Ignacio, incluso el de Roma, en el siglo II— tenía un primado de servicio en el amor —era «el que preside en la caridad» (carta de los Romanos)—; su autoridad no era un poder humano coactivo, como el de los gobernantes humanos. Su esfera era la de la conciencia moral; y estaba para impulsarla, y no para oprimirla ni forzarla. «Si el Papa hablase contra la conciencia —decía el cardenal Newman—, en el verdadero sentido de la palabra, cometería un suicidio... Sobre la ley de la conciencia se funda a su vez su autoridad teórica y su poder práctico... La defensa de la ley moral es justamente la razón de ser del Papa». El obispo resultaba ser en aquella época el «centro de la caridad» en su Iglesia particular, como dice el teólogo Colson. «En la Iglesia la autoridad es siempre, y únicamente, un servicio: no pone el que la posee en una situación de privilegio ante Dios ni ante la Iglesia (Roberto Tucci, S. J.).

Por eso no se comprende el afán condenatorio que existe todavía en algunos obispos, o la actitud general que prevaleció en otras épocas de la historia de la Iglesia. Que sus ideas privadas y particulares en política, sus opiniones teológicas o su cultura humana, sean las que exija, o quiera que influyan en sus diócesanos, es lo más opuesto a una verdadera presidencia, respetuosa y comprensiva, de una comunidad de verdaderos creyentes.

Cuenta Pierre Henri Simon —el novelista y profesor universitario francés—, en su libro recién publicado de memorias, titulado «Ce que je crois», lo que ocurrió en 1936 con el viejo arzobispo de Cambrai, monseñor Cholet. Acababa de publicar Simon su agresiva obra, «Los católicos, la política y el dinero»; y el integrista religioso se rasgó por esta causa las vestiduras. El general de Castelnau —presidente de la conservadora Federación Nacional Católica— se apresuró a publicar en el «ECHO de Paris» una fuerte diatriba contra él, intentando demostrar, según dice P. H. Simon, que era «el enemigo enmascarado de la Iglesia»; y, para forzar su «conversión», apelaba al fiero general al «brazo secular», pidiendo a los generosos capitalistas que formaban el patronato de la Universidad Católica de Lille, que presionaran a la autoridad eclesiástica —con razones de indudable peso crematístico— para que fuese expulsado de ella.

Cuando le llamó monseñor Cholet —hombre de ideas tomistas, y nacionalista en política—, acudió temeroso por la reprimenda que se esperaba y que, en efecto, vino. Pero las consecuencias resultaron inesperadas; y revelaron lo que es un obispo católico consciente, que sabe distinguir entre opiniones privadas y acción pastoral. De entrada le soltó el prelado: «Ha escrito usted un libro absurdo contra el buen sentido y el tacto más elemental, que dividirá a los católicos y debilitará la situación de la Iglesia... Pero dicho esto, y habiéndolo leído con todo detalle, he comprobado que no hay nada en él contra el dogma y la moral; y se ha mantenido usted en un terreno de opiniones humanas, y cuestiones dudosas, en las que un cristiano está libre de discutir las tonterías que quiera. Y tal libertad sería especialmente grave escatimársela a un intelectual, o a un universitario; pero, sobre todo, lo que sería inadmisiblemente es que la autoridad eclesiástica tomase una decisión doctrinal y disciplinar, movida por la presión de otro laico, escribiendo en un periódico político, aunque tal seglar fuese todo un general del ejército».

Y, con esta actitud, un obispo tan conservador —que no ocultaba hacia dónde iban sus simpatías— daba ejemplo, para todos los tiempos, de ser un imparcial presidente de una comunidad de creyentes católicos. Termina así, el profesor Simon, diciendo: «No se le ocurrió quitarme la cátedra, ni dejó de reconocer mi corrección en ella como profesor. Episodio que da testimonio... de independencia y dignidad... entre religión y política... sin visibles confusiones de intereses ni compromisos de principios».

Lo contrario de algunos obispos norteamericanos que, al decir de varias revistas católicas, han tomado ahora partido más o menos claro, tolerando la discriminación racial, o favoreciendo la guerra del Vietnam; y separando de sus cargos a varios clérigos que se oponían duramente a ellas. O como

una Universidad católica de Norteamérica que impidió dar conferencias —hace pocos años— al perito conciliar Küng, o conceder una condecoración al cardenal Bea porque no coincidían con sus opiniones los superiores eclesiásticos que la regían.

Nuestros clérigos, profesores de Salamanca —del siglo XVI— mantenían la tesis extrema —con toda tranquilidad— de que, en cuestiones de mando o de posesiones, «no se puede negar... lo que es de derecho natural, y de gentes: la facultad de resistir a la tiranía, aunque se trate de cosas eclesiásticas». (Domingo de Soto, O. P., In IV Sent. dist. 25, q. 2, art. 2.)

Sin duda, un obispo, por ejercer en algún caso la tiranía —o sea, por gobernar para su provecho particular siguiendo sus miras privadas o sus opiniones políticas personales, y no según el bien de todos—, no pierde por eso teóricamente su función. Pero, sin embargo, cuando claramente abusa de su misión, no puede ni debe ser obedecido por sus fieles, según opinan nuestros teólogos de la Edad de Oro; o los especialistas de hoy cuando, como el padre Dunne, S. J., dice: «No estoy de acuerdo con toda la política de cada Papa... y mucho menos de cada obispo; y nada hay en mí fe que me obligue a hacerlo».

Debian, por ello, meditar severamente los que mandan en la Iglesia, que cuando se produce alguna tensión o crisis, muchas veces proviene el mal —aun de buena fe—, de la forma y pretensiones del que ejerce la autoridad en ella. Así lo subrayó en el Concilio el padre Mahon, como recordé aquí mismo hace poco.

Para evitarlo debían librarse de una vez los eclesiásticos de esos beatos de sacristía, denunciadores de profesión, a quienes tanto caso hacen a veces; y, en cambio, tendrían que organizar sinodos diocesanos, donde los clérigos y seglares —como ocurre en Oriente— opinasen libremente, y pudieran discutir, y se les hiciera caso. En nuestra misma España hay un comienzo de ello —por ejemplo, en Sevilla—. Y tendríamos que llegar también a la actitud del obispo Busimba de Goma (Congo), que ha reunido a sus seglares para consultarles qué prefieren elegir en la nueva ordenación del ayuno y abstinencia, cambiando la antigua penitencia por otra más nueva y acomodada a nuestras costumbres. O lo que ha realizado el arzobispo de Montevideo, haciendo un Concilio de seglares y clérigos para conocer sus inquietudes y tendencias. O monseñor Dearden en Detroit preparando un sinodo plenario —con asistencia de laicos— en sus diócesis. Lo contrario de lo que, hasta ahora, hemos visto y seguimos viendo: que la opinión del seglar cuenta muy poco en el gobierno eclesiástico de una diócesis o de un país, y ni siquiera se le concede suficiente carta de naturaleza en la reorganización de los movimientos del apostolado seglar, que se quieren gobernar prácticamente casi sólo desde arriba.

Incluso cuando se pide que los obispos sean elegidos independientemente del poder civil, hay que tener mucho cuidado en proponer una fórmula más comunitaria que entre en algún modo la opinión del pueblo en ella; pero no queramos salir de Sicilia para entrar en Garibdis, y caer así en que la propia Jerarquía del país —en una especie de círculo cerrado— sea la que los elija en el futuro, porque entonces el remedio sería engañoso y la colaboración de los creyentes —simples clérigos o seglares— nula.

El Concilio quiere sustituir la imagen de una Iglesia, que se impone a la admiración y al respeto de los hombres con la potencia y el fasto, por la imagen de una Iglesia pobre y humilde; y, por ello, más libre y evangélica; que esté privada de ese poder y ese fasto, y sin ligarse a los ricos y poderosos, acaba de decir el padre Tucci, S. J., director de la antigua revista vaticana *Civiltà Cattolica*, que estuvo a punto de ser nombrado general de la Compañía de Jesús.

¿De qué proviene —podrá uno preguntarse— este erróneo sentido del poder en la Iglesia? «De la alianza con los poderes de este mundo, y de saber procurarse sus favores...; del fasto que se expresa en el alto tenor de vida, en los títulos y vestimentas lujosas», sigue diciendo este valiente jesuita.

Por eso habría que plantear la cuestión de ¿qué significado tienen ya estas insignias de poder, tomadas de los gobernadores del imperio romano, y de los señores de principio de la Edad Media?, o ¿qué bien hacen al pueblo creyente los lujos propios de un nivel de vida americano, allí donde la vida económica es mucho más baja?

Si todos los obispos creyesen un poco más en la fuerza de la Palabra de Dios, y menos en la del poder humano —llámese riqueza, simbolismo, poder civil, dignidades o comodidad burguesa— y no sólo en teoría, sino en la práctica, darían siempre ejemplo de esa Iglesia que, como dice muy bien el padre Tucci, queremos los hombres de la segunda mitad del siglo XX, y de la cual todavía no estamos demasiado cerca, a juzgar a menos por las palabras de este jesuita.

Entonces es cuando el Jerarca de la Iglesia sería ese varón perfecto, que exigía como condición para todo obispo Santo Tomás de Aquino; porque tendría esa humilde modestia, de no creerse ni un hombre preeminente ni un avarallador ni un poderoso; y jamás resultaría despreciador de los valores humanos en los demás. No sería nunca «el otro»; sino uno más en la comunidad que —como todos los que la componen— él también cree en el amor, y que es a la única que podemos llamar Iglesia.

Su afán de ortodoxia ya no sería únicamente la cicatera búsqueda de una impositiva y abstracta rigurosidad conceptual, sino, sobre todo, el profundo respeto a la persona humana, a su dignidad y a su promoción personal, como expresión de auténtica caridad. Esta ortodoxia del amor sincero, práctico y profundo, a los demás, no considerándose un separado de las inquietudes humanas, sería su timbre máximo de gloria. Dentro de unos años valoraremos más —sin duda— este respeto —como señal de acierto doctrinal— que cualquier fórmula teórica, que nada dice con la vida. Como decía San Buenaventura contra los celosos defensores de cualquier bizantinismo escolástico, hace ya siete siglos: «Sin amor no hay conocimiento perfecto».

OBISPOS PARA EL SIGLO XX

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Y seguía afirmando: «No es solamente oyendo, como el hombre se hace sabio; sino haciendo», lección de pedagogía teológica superior a la de cualquier celoso defensor de una ortodoxia en el solo terreno de las ideas. La misma ortodoxia vital que enseñó el más popular escritor religioso desde hace seis siglos, Tomás de Kempis, despreciando a los que centraban todo en sus especulaciones religiosas sin practicar el amor: los radicalmente sinceros en el pensamiento y en las obras serán los únicos auténticamente religiosos del futuro, y los únicos realmente ortodoxos.

ADEMÁS, el obispo —como no sea en comunidad con los demás obispos del mundo— nunca resulta ser infalible. Jerarcas ha habido que han sido herejes —como Arrio y Jansenio—; incluso los ha habido más abundantes entre prelados que entre laicos. Solamente unidos a la Iglesia mundial pueden llegar a serlo; y lo son «traduciendo la fe de la Iglesia universal» (Cardenal Van Roy), porque no pueden olvidarse nunca que «sólo en la comunidad de los fieles puede ser encontrado el Hijo de Dios» (Orígenes). Y su regla tiene que ser: «Determinémonos según el criterio de todos, pues el Espíritu Santo sopla en cada fiel», como decía San Paulino de Nola en los primeros siglos del cristianismo.

El especialista Colson —en un estudio publicado hace pocos años— describía al episcopado de los primeros tiempos del cristianismo así: «Un obispo católico se mostraba en una Iglesia como el servicio local del episcopado universal de Cristo... ejercido en solidaridad con todos los obispos establecidos hasta los confines del mundo... La época feudal, encerrando a cada obispo en su feudo, ha oscurecido este sentido de la colegialidad episcopal».

Tenemos —después de haber sido aprobada esta colegialidad en el Concilio— que volver a lanzar las amarras que nos unan con la Iglesia universal. Nadie puede encerrarse ya en su pequeña ortodoxia, ni en su manera particular de ver las cosas; ni tampoco desentenderse de lo que piensan los demás católicos de todo el mundo, como hemos querido hacer a veces nosotros —y todavía no estamos del todo limpios de ello—. ¿No he oído yo decir que un profesor de Teología afirmaba en España que el Concilio no era estrictamente obligatorio, porque estaba hecho a la medida de las mentalidades extranjeras y centro-europeas, dada la influencia que en él tuvieron? ¿Dónde está el sentido universal? ¿Se quiere que nos convirtamos en un islote, o en una comunidad abierta?

Queremos los católicos de todo el mundo que los obispos sean abiertos, como lo es el arzobispo de Reims, monseñor Marty, recién nombrado vicepresidente de la Conferencia episcopal francesa, y a quien «sus colegas le tachaban de ideas demasiado audaces» —como dice *L'Express*—; que supo desaprobar hace años las decisiones de sus colegas, cuando creyó que no se respetaban bastante a los apóstoles seglares durante la crisis de la Juventud Estudiante Católica.

Jerarcas que sepan colaborar y dar audiencia permanente a su clero, formando un auténtico presbiterio, del que no estén ausentes los laicos, si es que quiere parecerse a aquel Concilio de Jerusalén descrito en el Nuevo Testamento, compuesto de clérigos y seglares colaborando en la solución de los problemas que se plantearon a la primera comunidad cristiana en el siglo I de la Iglesia.

Así, y sólo así, se cumplirá el espíritu del Concilio plenamente.